# La Navidad que llegó en verano

Lucas puso en la maleta su jersey de renos, unos guantes y una bufanda azul.

—Creo que este año no vas a necesitar todo eso —dijo su madre.

Iban a pasar la Navidad con sus primos, en un pueblo de la costa argentina. Allí diciembre llegaba con días largos y calor de verano.

Lucas había visto muchas Navidades en los cuentos: tejados blancos, chimeneas y copos detrás de las ventanas. Aunque en su ciudad tampoco nevaba siempre, le costaba imaginar una Nochebuena sin frío.

Al bajar del avión, sintió el sol en los brazos.

Su prima Alma lo recibió con sandalias y un gorro rojo.

—¡Feliz Navidad!

Lucas miró alrededor.

—Pero… ¡si parece julio!

—Para ti —respondió Alma, riendo—. Para nosotros, parece diciembre.

En casa de sus tíos, una guirnalda rodeaba la puerta. Había un pequeño árbol en el salón y una estrella de papel colgada en el patio.

Lucas dejó su bufanda sobre la cama.

Todo era bonito, pero todavía sentía que faltaba algo.

Aquella tarde fueron a la playa. El mar se extendía azul y tranquilo. Su primo Mateo llevaba un cubo, una pala y una bolsita de conchas que habían recogido otros días.

—Vamos a hacer un castillo navideño.

—¿De arena?

—Es la que tenemos más cerca.

Construyeron cuatro torres y una muralla. Alma dibujó una puerta con el dedo. Lucas colocó una concha en lo más alto, como si fuera una estrella.

Un perrito de la familia se acercó, olisqueó una torre y dejó una huella junto al puente.

—Ya tenemos visita —susurró Lucas.

Siguieron trabajando hasta que el castillo tuvo un caminito de piedritas y ventanas diminutas. Después se sentaron a mirarlo, con los pies hundidos en la arena fresca.

—En mis cuentos, a estas horas estaríamos haciendo un muñeco de nieve —dijo Lucas.

Mateo llenó el cubo y lo volcó al lado de la muralla.

—Aquí podemos hacerle un vecino de arena.

Le pusieron dos conchas por ojos y una ramita por nariz. Quedó inclinado, como si estuviera escuchando las olas.

Cuando regresaron, los mayores preparaban la cena en el patio. Una ensalada de frutas esperaba dentro de la nevera y una fuente de empanadas llenaba la cocina de olor a fiesta.

Lucas ayudó a repartir las servilletas. Su madre le pidió que enseñara a sus primos la canción que habían aprendido en el colegio.

Él empezó bajito. Alma lo siguió, inventándose alguna palabra. Mateo acompañó el ritmo dando dos golpecitos sobre la mesa.

Al terminar, todos aplaudieron.

Lucas miró a su alrededor. Reconoció la risa de su madre, el abrazo de su tío y las manos de sus primos acercándole una silla.

Aquello sí le resultaba familiar.

Después de cenar pasearon hasta la orilla. Las luces de una palmera decorada brillaban cerca de las mesas del paseo. Sobre ellos, el cielo se había vuelto violeta.

Lucas llevaba su gorro rojo, aunque ya se le caía un poco hacia una oreja.

—Ahora sí parece Navidad —dijo.

—¿Porque han encendido las luces? —preguntó Alma.

Lucas pensó un momento.

—También. Pero creo que empezó antes, cuando hicimos sitio en el castillo para el muñeco.

El mar acercó una ola pequeña. Luego otra. Y otra más.

Su madre extendió una manta sobre la arena seca. Lucas se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo. Cerca, sus primos hablaban cada vez más bajito.

Las hojas de la palmera se movían despacio. Las luces parecían parpadear al ritmo del agua.

Lucas cerró los ojos.

Pensó en el castillo, en las conchas y en su bufanda azul, dormida dentro de la maleta.

Esta Navidad no necesitaba ponérsela.

Estaba calentito entre los suyos.

Y mientras el mar iba y venía, se quedó dormido.

## Preguntas de comprensión

**1. ¿Dónde pasó Lucas la Navidad y qué tiempo hacía allí?**

**2. ¿Qué construyeron Lucas y sus primos en la playa?**

**3. ¿Cómo celebráis la Navidad en tu casa? ¿Qué es lo que más te gusta?**